

casó el complot, siendo descubiertos y ejecutados los culpables, aconteciendo lo propio con otros proyectos análogos que se sucedieron.

Unos y otros estaban cansados de la guerra. Luis XIV se mostró favorable á reconocer á Guillermo como rey de Inglaterra, y éste quería negociar, comprendiendo que los Países Bajos, la muralla de Holanda, se hallaban asegurados. Las demás potencias que formaron parte de la Gran Alianza, sin embargo de perder poco en la guerra y de recibir grandes subsidios, formularon las pretensiones más absurdas. España y Austria exigían lo que Luis no se disponía á otorgar; pero aquellas naciones no contaban con fuerzas para obligar á la Francia. Camino llevaban los tratos diplomáticos á prolongarse de una manera indefinida, cuando Guillermo, auxiliado de Bentinck, entabló negociaciones separadas con los Franceses y quedó suscrita la paz de Ryswick. Las dilaciones y el egoísmo de España y de Austria estuvieron á punto de ocasionar un fracaso, y proporcionaron á Luis XIV oportunidad y tiempo para insistir en que Strasburgo no saliese de su poder. Por último, el 10 de Septiembre se firmó el tratado definitivo, y acabó la primera parte de aquella sangrienta y tenaz guerra ¹.

¹ Las condiciones fueron moderadas. Inglaterra y Francia se devolvieron reciprocamente las plazas conquistadas; Luis XIV reconoció á Guillermo III como rey de Inglaterra; España recobró las ciudades que había perdido en Cataluña y los Países Bajos, y Austria se quedó sin Strasburgo, Kell, Philipsburgo y Brisack

XXXIII

DESDE LA PAZ DE RYSWICK HASTA EL TRATADO
DE UTRECHT

Cuando Luis XIV terminó sus guerras, comenzó la decadencia de su reinado. Nadie lo creía de este modo; mas los hechos lo demuestran evidentemente. Infundían terror universal el advenimiento de Felipe de Anjou al trono de España, la unión aparente de la Europa occidental, y la sumisión de la América, todo esto bajo el poderío de un mismo soberano y de una misma política. No podía preverse entonces que las ambiciones del rey de Francia, el éxito que tuvo al someter en su país á los nobles y al pueblo, y la fortuna con que satisfizo sus aspiraciones en el extranjero, habían de producir, andando el tiempo y siguiendo el curso natural de las cosas humanas, la formidable y terrible catástrofe que se designa en la historia con el nombre de Revolución Francesa. Si los pueblos de Europa debían temer, ninguno con más razón que Holanda. La herencia de España llevaba consigo la de aquellas provincias, que casi conquistó para la confederación Guillermo el *Taciturno*, y que los duques de Alba y de Parma aseguraron á los monarcas españoles por medio de la reconquista. Un monarca joven, viril y fuerte, que logró captarse las simpatías de todos los generales de Eu-

ropa, entre ellos, de Marlborough y Eugenio, ceñía la corona que abrumó las sienes de Carlos II. Á Guillermo, muerto en la primavera de la vida á impulsos del choque continuo, de la oposición constante y de la lucha que hubo de sostener con su Parlamento, inspirado siempre en el espíritu de rebelión contra el soberano, sucedió una mujer vulgar, la que más lo ha sido entre las reinas de Inglaterra, y que sólo demostró carácter y energía para proteger á Sara, la altiva esposa de Marlborough.

Desde que Luis XIV llegó á su mayor edad y comenzó á dirigir los negocios públicos por sí mismo, siempre estuvo conspirando contra la república neerlandesa. Conspiró solo, y también unido á Carlos II, á quien restauró la aristocracia inglesa, y fué uno de los reyes más viciosos y corrompidos. Intentó el rey francés apartar al estatúder Guillermo de la senda del patriotismo, y es probable que por efecto de sus intrigas, llegase aquél á consentir el asesinato de los De Witts, tragedia que siguió á la guerra no provocada de 1672. Luego, cuando sobrevino la crisis y Guillermo quedó al frente del estatúderato, no tuvo Luis un enemigo mayor ni más activo. Es cierto que su poder no estaba en relación con su voluntad, ni contaba con elementos para luchar ventajosamente con Francia; pero si á contener las armas de esta nación. Aunque los éxitos alcanzados en las guerras que terminaron con la paz de Nimega y con el tratado de Ryswick, hubieron de colocar á Luis, en la apariencia al menos, en una situación más ventajosa y fuerte que lo estuvo nunca, si Guillermo no le hubiese salido al encuentro, sus triunfos habrían sido más grandes, decisivos y seguros.

Es probable que Luis XIV deseara la conquista y

anexión de la república holandesa, del mismo modo que Filipo el Macedón quería someter á Atenas; pues le era de gran importancia la sumisión, ó por lo menos, la neutralidad de Holanda. Si Luis XIV hubiera realizado su pensamiento, asegurando la frontera del Rin y desorganizando el imperio para siempre, habría otorgado á Holanda la misma merced que los ciclopes concedieron en su caverna á Ulises, esto es, la de servir para la última comida. Con la neutralidad de Holanda, Luis XIV hubiese privado á la Gran Alianza de uno de sus auxiliares más poderosos; entonces, el nervio principal de la guerra, era el dinero, y aunque el pueblo inglés tenía grandes riquezas, no hubiera podido, él solo, soportar los inmensos gastos de la guerra de sucesión. Además, con dicha neutralidad, Luis XIV hubiera causado daños sin cuento al comercio inglés en Oriente, llegando, con el auxilio de los Holandeses, á enseñorearse de los centros mercantiles de la Gran Bretaña. Un siglo estuvieron batallando los Franceses para adquirir las factorías británicas de la India y las plantaciones de la América del Norte, y cuando todos creían, á mediados de la centuria XVIII, que se iban á realizar aquellos propósitos, Clive en la India y Washington en América lo impidieron. Los planes de ambición formados por Luis XIV, acabaron y murieron en la guerra de los Siete Años.

Por otra parte los Holandeses tenían razón sobrada para alarmarse conociendo, como conocían, la intolerancia de Luis XIV, cuyo odio al protestantismo igualaba al del duque de Alba y al de la misma Inquisición. Felipe II, hombre intimamente religioso, creía cumplir con el deber principal del cristiano, quemando vivos á los herejes después de darles tor-

mento; pero Luis XIV era perseguidor por razones de otra indole. El rey de España, si su familia fuese sospechosa de herejía, la hubiera llevado á las hogueras de la Inquisición. Decía, que si por artes del demonio, él hubiese perdido la fe, se habria quitado la vida. Si no bajó su frente ante el Papa, ni ante los obispos en asuntos temporales, les fué sumiso en lo espiritual, creyendo sincera y devotamente lo que queria inculcar á los demás. Felipe ofreció á todos ejemplo de su ortodoxia y de su ascetismo, en cuanto fueron compatibles con su situación personal y las exigencias de su oficio de rey.

Luis XIV no fué así. Se mostró ortodoxo, porque necesitaba de la religión católica para realizar sus miras de unidad y el engrandecimiento de Francia, y para consolidar su obra. Insultó y agravió al jefe de la Iglesia con más encono que Felipe *el Hermoso* á Bonifacio VIII. Despojó al Papa de su antiguo patrimonio de Francia, y no lo devolvió nunca. Como por efecto de estas querellas quedasen vacantes la tercera parte de las diócesis francesas, tuvo empeño en no proveerlas, aunque le amenazaron con la salvación eterna. Persiguió á los quietistas de la misma manera que á los jansenistas, sin embargo de ser aquéllos católicos y excesivamente rígidos los últimos en su moral y en su fe. Hizo una corte religiosa en las apariencias; pero inmoral en el fondo. No consintió, por carácter y por sistema, que ninguno se rebelase contra su autoridad, y en su tiempo, ninguno fué superior en saber y virtud al rey de Francia. Los historiadores tratan á Luis con cierta benignidad al estudiar sus relaciones con los hugonotes, afirmando que si los persiguió hasta el exterminio, ellos fueron á veces súbditos turbulentos.



MEDALLA FRANCESA EN CONMEMORACIÓN Á LAS GLORIOSAS EXPEDICIONES DE LUIS XIV EN LOS PAÍSES BAJOS (En el anverso se ve el busto del rey, y en el reverso los planos de las fortalezas conquistadas.)

Los Holandeses eran tolerantes á la sazón, y nada se hubiera adelantado en contrario, aun echando mano de los intransigentes predicadores calvinistas. Por esta causa, miraban como un peligro la vecindad de un monarca poderoso y sin creencias de ninguna clase, y pará quien la religión era sólo arma política. Muchos pueblos que abrazaron la reforma, y no pocos de los católicos, tenían mala voluntad á los jesuitas y recelaban de sus propósitos, atribuyendo á sus intrigas la revocación del edicto de Nantes, las atrocidades perpetradas en la Cevennes y la guerra desesperada de los Camisardos, la cual tuvo episodios tan terribles, como noventa años después, el reinado del Terror. Mientras los Ingleses podían distraerse con las bufonadas de John Bull, Lord Strutt y Luis Baboon, los Holandeses no apartaban sus ojos de Luis XIV; tal vez porque el rey de Francia no era tan temible para aquéllos como para éstos.

Las demás potencias europeas vivían en constante alarma, y tan poca fe les merecía la palabra de Luis, que siempre estaban recelosos de él y de sus proyectos. Era tan pérfido y alevoso, como el más aventajado discípulo de Maquiavelo. Parecía un intrigante del siglo xv, con un poder inmenso en el xviii. Á Luis XIV nada le obligaba: ni la palabra empeñada ni los tratados, ni su propio Parlamento, ni los respetos debidos al Pontífice romano. Cuando le estrechaban las circunstancias, recurría para justificar sus propósitos, á interpretaciones sofisticas de los deberes públicos, que le proporcionaban juristas serviles, ganosos de su gracia y de su favor. Si un monarca poderoso con propósitos firmes y tenaz voluntad, con grandes ejércitos y recursos, es peligroso en todos tiempos, no es extraño que luego se haga

odioso, cuando se ve, que, á tales medios, une la perfidia y el menosprecio de las obligaciones más sagradas. Es indudable que sin la oposición de los torys ingleses, muy influyentes en el Parlamento y en los consejos de Ana, Marlborough habria impuesto la paz á Luis XIV y aun le hubiese despojado de todas sus conquistas.

Creyeron algunas personas, lo mismo en Inglaterra que en Holanda, que las ambiciones de Luis XIV redundaban en su propio daño. En los siglos pasados, los matrimonios de los reyes llevaban consigo recíprocos derechos sobre los súbditos de ambos pueblos. Francia fué la primera, que, con éxito verdadero, invocó el principio de la nacionalidad; y la monarquía francesa hubo de consolidarse por el entusiasmo patriótico y por el amor á la gloria de los naturales del país. El patriotismo de los Españoles no era menor, sino más grande y por causas justisimas; porque el nombre de España y sus glorias eran patrimonio de todos sus hijos. La casa de Austria habia ocasionado la ruina de todos los países donde puso su planta. En cambio, los Holandeses, rechazando altivamente los derechos dinásticos, y los Ingleses, transmitiendo la corona al más remoto descendiente del primer Estuardo, constituían entidades de la mayor importancia, que los políticos franceses no debieron olvidar.

Decíase en Inglaterra: «Poco hace al caso que Felipe de Borbón ó Carlos de Austria sean reyes de España. El Imperio español se hace jirones; pero ninguna parte necesitamos de él. Será probable que el emperador de Alemania, necesite ó quiera recobrar las provincias italianas que sus predecesores pretendieron, gobernaron á veces, y arruinaron por

último. También será probable, que el rey de Francia tenga los mismos proyectos de Carlos VIII y de Francisco I, ó que se forje la ilusión de haber heredado los derechos de Carlos V y de Felipe II. Es incuestionable que le sobra ambición, no tiene escrúpulos de ninguna clase, y es ambicioso. Si se quebranta defendiendo la corona de su nieto, no conseguirá realizar sus deseos, y desde luego quedará vencido, si trata de arrebatarle alguna parte de ella. No hay empresa más peligrosa, que la de hacerse protector interesado de un país fanático de su independencia y de su libertad, aunque reciba el protegido aquellos auxilios que sus propios recursos no puedan bastarle. Como debe suponerse que Luis XIV, al ayudar á España, lo hace con miras interesadas, proponiéndose ensanchar sus estados á costa de los Españoles, cuanto más haga por servir á Felipe V, tanto más aborrecidos serán él y su nieto. Carlos II, aunque era el rey más desdichado de la tierra, constituía la personificación del Imperio y de la política nacional, de su autonomía, en una palabra; y los Españoles jamás consentirían que sus monarcas fuesen virreyes sometidos á Francia. Si los intereses de Francia y de España se hallan en oposición, no habrá vínculos ni alianzas, por grandes y sagrados que sean, que tengan bastante eficacia para impedir el rompimiento y la guerra entre los dos pueblos; y Felipe V tendrá que optar entonces entre la política de la nación, que lo aceptó por su rey, ó su destronamiento.» Los hechos iban á demostrar pronto que los Ingleses discurrían perfectamente.

Holanda, por su parte, pensaba de la misma manera. No faltó alguno, que, comprendiendo las dificultades que rodeaban á Luis XIV, expresase, en

forma mercantil, el juicio que le merecía la situación, diciendo: que el rey de Francia duplicaba sus responsabilidades, aumentando sin límite los gastos, sin adicionar el capital. «Nuestra política, añadan, debe consistir en permanecer extraños á las complicaciones europeas, y sobre todo á las que impliquen intereses dinásticos. Nuestro último estatúder atendió á los intereses y pagamos caro su celo. Ahora constituimos una república independiente, y la sabiduría de nuestros hombres de Estado, debe manifestarse protegiendo las fronteras de Holanda, economizando los recursos del país, y desarrollando el comercio. Deudas abrumadoras pesan sobre nosotros ocasionadas por las guerras anteriores; y ahora, mientras otros combatientes dilapidan sus riquezas, los Holandeses debemos aumentarlas. Los Ingleses, ora por egoísmo, ora por ignorancia y ora por ambas cosas á la vez, insisten con nosotros para que cedamos en nuestras relaciones comerciales con España y con Francia. Como tenemos en nuestras manos los mejores y más ricos productos que son hoy de necesidad, por nuestra energía y perseverancia, debemos conservar su monopolio á todo trance. El pueblo inglés quisiera privarnos de ello, con el falso pretexto de razones de alta política y exigencia de la guerra. Debemos permanecer neutrales; porque si los Ingleses son ambiciosos y emprendedores, y los Alemanes ambiciosos y pobres, nuestra prudencia será grande, no regalando el comercio holandés á los unos, ni los florines flamencos á los otros. Además, con semejante conducta, podremos obtener amplias ventajas y sólidas garantías de parte de Francia, cuya nación agradecida abrirá sus fronteras á nuestro comercio. No hay precio, por grande que sea, que Luis XIV no se halle dispuesto á pagar

en cambio de nuestra neutralidad.» De esta suerte formulaba su pensamiento en Holanda el partido contrario á la guerra, durante el tiempo que medió entre la llegada de Felipe á España, y el comienzo de la guerra de Sucesión.

Los que esto afirmaban, estaban en lo cierto. Luis XIV no se mostró avaro de promesas, con el objeto de obtener la neutralidad de los Estados Generales en la guerra de sucesión española. Á tal punto llegaron sus escrúpulos y temores, que ofreció indemnizar á los Holandeses con las mayores ventajas, si no tomaban parte en favor de los unos, ni de los otros. Hacia todo esto, comprendiendo, que si Holanda permanecía neutral, no solamente eran menores las fuerzas enemigas, sino que á los aliados sería difícil desembarcar tropas al Oeste de Europa. De aquí que ofreció á los Estados, por medio de su agente Barré, nueva alianza, garantizando los tratados de Munster, Nimega y Ryswick, con las seguridades que le pidiesen, prometiendo también influir para que los Países Bajos españoles, no estuvieran ocupados sino por tropas peninsulares. Á su vez, la reina Ana, ocho días después de su advenimiento al trono, despachó al condé de Manchester, para que dijese á los Holandeses, que sus disposiciones respecto á los Estados Generales eran idénticas á las de su antecesor, y los intereses de Holanda tan preciados como los de Inglaterra.

Los Estados de Holanda, que, á falta de estatúder, constituían la autoridad suprema, optaron por la guerra y persuadieron á las Provincias Unidas para que rechazasen las proposiciones de Francia, y se coaligaran con sus enemigos. Con efecto, el 15 de Mayo de 1702, la Gran Bretaña, Alemania y Holan-

da declararon la guerra á Luis XIV, tomando por base del acuerdo la ambición y la mala fe del francés. La actitud del rey de Francia, en aquella ocasión, demostró cuánto le contrariaba la resolución de Holanda. No tomó á ofensa la conducta de la Gran Bretaña, ni de Alemania; mas si dijo: «Esos mercaderes holandeses se arrepentirán pronto de haberme provocado.»

Me he detenido en estos pormenores, porque el acuerdo adoptado en la primavera de 1702, fué de la mayor trascendencia para los destinos futuros de la República holandesa. En su virtud, ella entró en el sistema europeo, del cual no pudo ya librarse, agotando sus fuerzas en una lucha desigual, contribuyendo á su daño juntamente con la guerra, errores políticos de su gobierno.

Resuelta la guerra, surgió la cuestión del mando de las tropas ¹. Propúsose primero al landgrave de Hesse. Se dijo después: que la reina recomendaba la candidatura de su propio marido, Jorge de Dinamarca; pero esto no tenía fundamento. Á pesar de no brillar Ana por su entendimiento, debía comprender que su cónyuge era un hombre sin cualidades militares. El mismo Carlos II se burlaba del príncipe Jorge. Finalmente, los Estados Generales pusieron término á las vacilaciones, designando á Marlborough. Fué una desgracia, que los Ingleses, con el objeto de complacer á la reina, consintiesen en el nombramiento de su marido para mandar la flota, en calidad de Lord Gran Almirante. La servil complacencia

¹ Cuando comenzaron las hostilidades con Francia, Guillermo III ya no existía. «El obrero, dice Burke, había muerto; pero la obra estaba trazada con arreglo á los verdaderos principios del arte, y se puso en ejecución con el mismo espíritu».